

ESPECTACULOS

Crítica de teatro

«DEJA QUE LOS PERROS LADREN», EN LA NUEVA SALA CACERES



José Albiach, José Luis Barceló, Vicente Cruaños, Carmen Sorel y Fernando Martín

Título: «Deja que los perros ladren». Autor: Sergio Vodanovic. Dirección: José Francisco Tamarit. Escenografía: Ramón Castañer. Intérpretes: Fernando Martín, Vicente Cruaños, Carmen Sorel, José Luis Barceló, José Albiach. Sala Cáceres.

El Centro Cultural Esquema ha emprendido audazmente la tarea de inaugurar una acción teatral de grupo en un local nuevo, la Sala Cáceres, instalado en la calle de este nombre, o sea, entre las grandes vías que son Santa María de la Cabeza y el Paseo de las Delicias. Una zona populosa, densa, un barrio cuya arteria aorta es esa popular y activa calle de Embajadores, que baja a la zona activa, en renovación, marcada por el curso canalizado, pero sucio, del Manzanares. Si el teatro ha de hacerse un público nuevo, si ha de salir del atasco en que se halla como espectáculo demasiado caro, oscilante entre los no logrados objetivos comerciales y los, por lo general, fallidos fines culturales, es en parajes como éste donde ha de buscar y conquistar una nueva clientela a la que debe ofrecer problemas suyos, problemas actuales y participación, sobre todo participación.

Ha elegido el Centro Cultural Esquema para su lanzamiento la obra de un aquí desconocido autor chileno, Sergio Vodanovic, que si le juzgamos únicamente por esta pieza titulada «Deja que los perros ladren» tiene mucha mejor intención crítica, denunciadora, que logros dramáticos. Lo que se plantea al público es una descripción de los efectos corruptores del Poder abusivo, que

no sólo daña a la sociedad, deteriorando sus organismos, sino al individuo, demoliendo su conciencia, su sentido del deber, su dignidad. Buen tema, cuya actualidad no es posible negar y que, posiblemente, no puede en estos momentos ser planteado así en un escenario chileno. Tamarit ha luchado infructuosamente contra el cúmulo de dificultades que le planteaba la tarea propuesta: primero, la dificultad de un escenario sin apenas tramoya y envuelto por el público. De las siete soluciones tradicionales que permite el rectángulo como lugar teatral, quizá la más difícil es la utilizada por la Sala Cáceres: un escenario abierto por tres de sus lados. Su utilización es siempre peligrosa. Los actores carecen de esa protección que siempre ofrece el foro y, por lo tanto, su comunicación con el auditorio es muy intensa. Ante esa comunicación, los valerosos actores del Esquema no disponen de la autoridad imprescindible. Su esfuerzo es tan meritorio como insuficiente, lo que significa que quedan muy por debajo de las metas propuestas.

El texto, escaso en calidades, un tanto tópico, no les ayuda y eso hace que la acción flojee y no tenga nunca fuerza para arrastrar hacia su epicentro al espectador que, por estar demasiado próximo, no sufre la sugestión de esa magia singular propia de los cerrados escenarios a la italiana.

Mencionemos con simpatía y como aliento a Carmen Sorel y Vicente Cruaños, por su esfuerzo y a Fernando Martín, José Luis Barceló y José Albiach por la evidente voluntad de acierto que han puesto en la tarea. El mensaje no llega, pero el Centro Cultural Esquema no debe desanimarse por ello. Las empresas no son, o no deben ser, juzgadas por cómo empiezan, sino por cómo terminan, y la Sala Cáceres merece oportunidades que hay que concederle. Su público, que es, debe serlo, el de la popular y populosa zona en que se halla, debe darle ayuda y estímulo. Hay que descentralizar el teatro y recuperar su antiguo sentido de fiesta ritual de comunicación humana. Eso ya no existe en los teatros del centro de Madrid. Ha de salir de locales como la Sala Cáceres, a la busca del espectador perdido.—Lorenzo LOPEZ SANCHO.